

Nº 62

ENSAYOS POLÍTICOS

POR

PEDRO COSIO

Julio Herrera y Obes



52,833

MONTEVIDEO

Tip. y Enc. «Al Libro Inglés», calle 33 núm. 61

1897

81.483

PRÓLOGO

52.833

En nuestro país se ha escrito muy poco sobre política y en cambio se ha hablado mucho. Digo que se ha escrito muy poco si hemos de prescindir de lo que carece de sensatez, de sinceridad, de elevadas miras, de ideas originales y profundas. Y es preciso que se escriba mucho, porque mucho es lo que hay que edificar con la difusión de ideas sanas, ideas que no lleven el sedimento de esos funestos rencores que han inspirado tantas y tantas páginas, destinadas á sobreexcitar la pasión partidista en las filas de uno y otro bando. El escritor debe inspirarse en la verdad y ser sincero. Apenas es posible encontrar entre nosotros un escritor político que al exponer sus ideas no arrime con cuidado las ascuas á su sardina. Así no se satisface la aspiración del público lector. Uno le hace creer que tal partido es el mejor, otro le convence de lo contrario, y no hay quien le diga que lo malo no está tanto en los partidos como en los hombres, que al hallarse en las

cumbres del poder hacen algo que no pudieron imaginar en sus sueños platónicos de la llanura y resultan en sus prácticas inconsecuentes con sus teorías. Quitese un partido y póngase el otro y se verá cómo los mismos problemas políticos y económicos se presentarán y serán resueltos por las mismas ó muy parecidas fórmulas.

Yo no llevo á la literatura política de nuestro país ideas nuevas, ni me es dado poner á su servicio erudición ni ciencia; pero creo llevar otra cualidad que no por menos importante es más común, á pesar de que todos creen poseerla: criterio libre de la influencia perniciosa de los rencores partidistas. Soy fervoroso amante de las tradiciones del partido de la Defensa; pero no puedo menos de mirar con iguales simpatías á mis adversarios que á mis correligionarios de credo político, porque si en éstos veo algo mío en la comunión de principios, en aquéllos también hallo algo mío en la comunidad del sentimiento de amor patrio, sentimiento que reside en todos los corazones, siquiera á todos los influye de distinta manera, según sea el grado de cultura y otras muchas causas. No hay para mí aspiración mayor que la de ver establecida la más íntima concordia entre los orientales, sobre la base del respeto y reconocimiento de todos los derechos y todas las garantías que nuestras leyes consagran como patrimonio común de todos los ciudadanos.

El escritor que se inspire en la verdad y sea imparcial, puede aspirar á que sus ideas edifiquen; pero el que imprime á sus ideas el sello de sus pasiones, sólo consigue «ahondar el clavo histérico» que origina nuestras continuas y desastrosas crisis políticas.

Desearía combatir muchas cosas que no están de acuerdo con las máximas más elementales de la ciencia política; desearía inculcar en la mente de mis conciudadanos la convicción de que, en política, es preciso hablar poco y meditar mucho; de que, en política, no debe dudarse lo futuro tanto por las consecuencias que sugiere lo presente en sí, aisladamente considerado, como por lo que se observe en el estudio profundo é imparcial de las relaciones de lo presente con lo pasado, en el cual estudio se hallarán las causas generadoras de nuestros males presentes y se podrán buscar fórmulas adecuadas para prevenir ó conjurar nuestros males futuros.

Dicho esto, que no tiene más objeto que el de dar al lector una somera idea de mis subjetivismos políticos, pasemos al asunto.



Herrera y sus opositores.

« Que en algunas ocasiones he de equivocarme, es seguro; desde luego anuncio que me equivocaré. Pero de la sana intención, de la imparcialidad absoluta, respondo. » — LEOPOLDO ALAS, *Ensayos y Revistas*, pág. 316.

En la tarea improba de desprestigiar al doctor Herrera, sus detractores han empleado todo el ingenio y sutileza imaginables, para demostrar al público, (á ese público que es candoroso hasta en sus expansiones iracundas), que no sólo hizo aquél una mala administración, sino también que fué cómplice en algunos desaciertos del gobierno anterior y responsable directo, al menos moralmente, del mal camino que, según el concepto de la prensa opositora, siguió desde sus primeros pasos el gobierno que le sucedió.

Quiero emitir un juicio imparcial y desinteresado, y para ello me guiaré por observaciones propias, recogidas en la fuente de los hechos, único punto de partida desde donde puede uno orientarse para llegar al descubrimiento de la verdad.

Me referiré á su gobierno, á aquello en que le toca responsabilidad absoluta, á lo que es indiscutible, por estar basado en lo cierto y evidente y no en malignas é interesadas suposiciones, sugeridas por las obsesiones de la pasión ó las inspiraciones de la suspicacia, pues sólo así es dado aspirar á ver claro, y al dictar nuestro criterio su fallo, éste podrá considerarse *consciente y no*, — como ocurre generalmente con nuestros escritores políticos, — deducido ingenuamente de los sofismas del opositor sistemático, ni de las falsas ideas en que suele imbúrnos el periodista apasionado, ó el mal crítico, que juzga los actos del gobernante tomando lo perfecto, lo ideal, por punto de comparación, olvidando lo estrechamente relacionados que se hallan dichos actos con el *medio* á que están destinados. Estos criticos creen que la pícara é ineludible ley de *adaptación al medio* no rige para los gobernantes; ó creen que para éstos todos los medios son buenos, ó que se tornan buenos al conjuro de su suprema voluntad.

El sistema subjetivo, — que se usa generalmente entre nosotros para considerar y analizar las cuestiones económicas y políticas que se presentan, como si se tratara de la discusión de un problema filosófico, — es sugestivo para el espíritu romántico de nuestros conciudadanos; pero es un sistema que nos conduce al campo de las abstracciones, y en ese terreno falso imperan las impresiones recibidas en el estudio de políticas exóticas. El que sigue tal sistema, identifica inconscientemente nuestra política con la *ideal* de sus libros, antes de aplicarle el método de estudio que quiere imitar. Esos políticos teóricos son los que yerran, á pesar de su ciencia, porque si conocen por la lectura de un exacto

estudio el medio ambiente social y político de la población francesa, por ejemplo, no observan antes con cuidado qué hay de común entre aquella sociedad y la nuestra, para poder adaptar á nuestros problemas políticos el método crítico usado por el autor á quien deben el conocimiento de las cuestiones análogas de la sociedad citada. En aras de la abstracción nos vamos derechos á tomar lo perfecto por término de comparación,— sin tener en cuenta la relatividad lógica que debe existir entre el gobierno y el *estado moral y social* del país,— y así lo humano, que nunca es perfecto, porque no lo es nuestra propia naturaleza, resulta siempre condenable, porque algo tiene de malo; y mucho más si ésto se pone de relieve con cargazón de tintas y explicación minuciosa de circunstancias aguantantes, porque así convertimos lo malo en peor.

A cuántos censores hemos juzgado puritanos cuando desde la llanura tronaban contra la corrupción oficial, y luego los hemos visto elevarse y hacer sin escrúpulos todo lo que antes condenaban en otros! — ¿Quién, al observar ésto no busca la explicación de esas aberraciones en otra cosa más lógica y positiva que *las flaquezas del espíritu humano?* ¿Por qué no se observa la diferencia que resulta entre la explicación que se deduce del estudio práctico, sensato y desinteresado de los hechos, y las falaces conclusiones de lo que no pasa de una habilidosa y vana especulación metafísica, que seduce la imaginación con meros espejismos?

Leíamos hace poco, en un folleto titulado *La invasión blanca*, de autor anónimo, — en un párrafo que se refería al señor Idiarte Borda: — « En sus actos no podía descubrirse la personalidad del gobernante, sino la de Julio Herrera que en realidad no había sido reemplazado. El hecho material de la entrega de la banda simbólica, no fué una sustitución verdadera, sino el cumplimiento aparente de un precepto constitucional. » — Esta opinión tan errónea como en un principio generalizada, no ha persistido, porque el tiempo, que tiene como la ausencia la virtud de disipar las brumas que privan de la luz de la verdad á los apasionados, ha puesto en evidencia que el doctor Herrera no se ha mezclado ni en la administración ni en la política del señor Idiarte Borda, al menos en el carácter de director que se le atribuía. Así lo sostuvo y demostró siempre, desde un principio, el ilustrado doctor Ramírez, en las columnas de *La Razón*. Los que divulgaban estas suposiciones no ignoraban la verdad, pero cumplían su misión, tendente á desprestigiar al doctor Herrera, envolviendo así á una personalidad notable de nuestro país, — á un hombre que ha conquistado con su talento y sus relevantes dotes de estadista justo renombre, — en una atmósfera impregnada de odios, ó por lo menos de desconfianzas y antipatías de parte de la opinión populachera, que en punto á concepto de nuestros hombres públicos se inclina siempre á dar crédito á cualquier charlatán, que las más veces en su conciencia justifica su actitud, no con la justicia de su propaganda, sino con el despecho engendrado por el fracaso de pretensiones, que si hubieran sido satisfechas, habrían impedido que la hiel de la vanidad ofendida se

virtiera sobre su corazón y originara ese desconcierto de ideas, que, en las horas de amargura, ofuscan nuestra mente y obscurecen el horizonte de nuestros pensamientos.

Siempre ha habido en los juicios desfavorables á su respecto, más animosidad que justicia. Esos Catones, que cuando hablaban del doctor Herrera querian asemejarse á Cicerón cuando pronunciaba la célebre oración contra el empecatado y maleante Catilina, hacian reflejar en sus escritos el amargo dejo de una profunda prevención. Por más que pretendian exhibir la personalidad de Herrera entre una aureola de des prestigio, que creían ver justificada en los hechos de nuestro ilustre estadista, lo que realmente exhibian, ante el observador perspicaz é imparcial, era la personalidad propia, el propio temperamento, ante cuyo imperio sucumbía lo razonable y lo justo. Es necesario para juzgar la obra de un estadista, y las proyecciones y resonancias de esa obra, estar dotado de un espíritu critico que Dios reserva para los Thierry, Macaulay, Taine, y no para cualquier chirle gacetillero adocenado, que se erige Aristarco, calza el coturno de la política y le pone las peras á cuarto al mismo lucero del alba.

Bien sabemos que ha merecido el doctor Herrera la censura de muchos hombres de talento, que tienen además un capital respetable de reputación moral, y no puede caberles á éstos todo lo dicho en el párrafo anterior. Pero aquí es el caso de Sainte-Beuve negán-

dole á Balzac competencia literaria. Tenía talento Sainte-Beuve y sentido crítico; pero no comprendió á Balzac, que tenía más talento que él, y le condenó siempre en el juicio crítico de sus obras, tan sólo porque aquél se permitió alterar las fórmulas preceptivas de la antigua literatura y del género entonces predominante. Así también puede afirmarse que Brunetière, con todo su talento, no conoce al autor de *La Térre*, cuando le considera «más vulgar que poderoso,» ni le conoce Ch. Morice, ni le conoce Cánovas, etc., etc. — El intelectual escritor Enrique Kubly acusa de poco erudito al doctor Herrera. A este respecto diremos que esa acusación, si es fundada, no aminora el valor intelectual de Herrera; y si no digasemos: ¿es menos grande el autor de *Lourdes* porque Menéndez Pelayo le acuse de falta de estudios clásicos y de filosofía estética? Esto nos recuerda el caso de un notable crítico francés que se regocijaba porque llegó á descubrir que Zola no sabía quién era Niebuhr. — Además muchos hombres ilustrados hay entre nosotros, que suelen formar juicio respecto de nuestros gobernantes de la manera como fallaría un juez que tuviera en vista las protestas del acusador y no oyera la defensa del acusado.

Caemos en dos extremos en la crítica política: hay la crítica de *trastienda*, de *café*, y la crítica de los románticos é idealistas sentimentales, que nos hablan de nuestra política pensando en la luna. — ¿Cuántos hay en la prensa uruguaya que posean el talento, la preparación intelectual, y el mérito de una propaganda activa en el ejercicio de concienzuda crítica política y el desempeño admirable de altos cargos públicos, como el doctor Carlos M. Ramírez? Pues con todos estos envi-

diables títulos que lo hacen acreedor á la mayor consideración de parte de nuestro pueblo, jamás ha sonado su nombre en los círculos donde se incuban las candidaturas presidenciales. En cambio el ruido de la popularidad se oye por lo común en torno de personalidades intelectualmente obscuras, que no saben darse cuenta de lo que es el mecanismo institucional de un Estado. De aquí resulta que todos quieren ser presidentes, y el populacho considera apto á cualquiera para ejercer las complejas y delicadas funciones de primer magistrado. Pues este criterio en cuanto á la elección de hombres para el gobierno es el que rige para juzgar los actos de los gobernantes: es el criterio con que se ha dado el fallo respecto de la administración del doctor Herrera.

Sin embargo, éste ha conservado y conservará por muchos años gran número de partidarios, que han visto en él las cualidades que se requieren para gobernar al pueblo uruguayo.

Ha dicho un historiador (1) que no se concibe un pueblo guerrero sin una mano de hierro que lo guíe y se haga obedecer con ciega sumisión. Nuestro pueblo es un pueblo guerrero y debe regirlo un hombre que posea un espíritu enérgico, y un hombre que no sea... santo; porque á éstos les está reservada la suerte del

(1) ALFREDO OPISSO — *La Revolución Francesa* — Barcelona — 1892.

doctor Ellauri. Si es un santo, que no está familiarizado con los tres enemigos del alma, se encontrará como un ángel entre demonios, se aburrirá de la lucha y renunciará, dejando todo en mano de los pillos, — cuyas pasiones se desbordan impetuosamente en cuanto se debilita y cede ese valladar del espíritu enérgico del gobernante, — en manos de muchos pillos que pululan en las esferas oficiales y que como fieras hambrientas acechan el gobierno, encubriendo con la sonrisa de la adulación cortesana, los sentimientos y concupiscencias de sus almas pervertidas. — Pues bien; Herrera tiene algunas condiciones que no son dignas de un San Ambrosio, pero son muy propias de un hombre que conoce el mundo, se adapta al medio en que vive y no se siente afectado por escrupulos monjiles, propios de algunos pobres de espíritu, que las más veces con el rubor encubren la hipocresía.

Volviendo al medio ambiente de las esferas oficiales, reflejo de nuestro ambiente social, del cual es consecuencia, diré que no quiero poner de relieve lo que todos conocen, y cuando fijo el pensamiento en ciertas cosas que abruman y entristecen, paso sobre ellas como sobre ascuas. No soy pesimista para juzgar nuestra sociedad y no la creo con más vicios y menos virtudes que otras, pues creo que sigue una marcha relativa á sus elementos y al impulso que recibe de la marcha universal de la civilización. Cuando pienso que aquí lo malo predomina, me consuelo con recordar que en casi todas partes pasa lo mismo. — En unas consideraciones que respecto de las sociedades modernas en general escribia un profundo pensador y sagaz critico de España, he leido este párrafo: — « ¿Quién, á poco que

haya vivido, no ha experimentado esta amargura de ver que en vano buscamos en nuevos parajes, en otros climas, el hombre bueno, la hermandad verdadera, la abnegación, la generosidad, la idealidad triunfante? Hay almas buenas, grandes virtudes, muchas secretas; pero la multitud de los malos, de los espíritus mezquinos, egoistas, materializados, nos da la impresión dominante de desconsuelo y desconfianza, que convierte la vida, á cierta edad, en una decepción melancólica, por lo que toca á las esperanzas de la tierra. En medio de tanto progreso, ante un visible, innegable mejoramiento, debido á fuerzas anónimas é impulsos impersonales, á leyes de mecánica y fisiología social, nos sorprendemos cien veces suspirando por dentro con esta exclamación en el alma: « Si, pero ¡qué escaso papel representa la virtud en todo esto! ¡Qué poco caso se hace en el mundo de los que son buenos, y qué pocos lo son! ¡Cuánto grande hombre y ningún santo! » — Todos los grandes pensadores como el autor de las líneas transcritas, Leopoldo Alas, sienten el predominio de lo malo que da la impresión latente de amargo pesimismo que invade las almas en la vida presente, en la vida de este siglo, — en el cual la ciencia ha deslumbrado á la humanidad con el brillo de sus grandes descubrimientos y empresas, que tanto impulso han dado al universal progreso, — pero en el cual también la virtud ha sido y es, ó, mejor dicho, *ha seguido siendo* una palabra hueca y vana. — ¿Qué mucho? si economistas y filósofos ha habido que han llegado á demostrar sin gran esfuerzo, que el egoísmo es de los sentimientos humanos el que más parte tiene en el movimiento del progreso! Y tanto lo creo yo que no dudo que para

mediados ó fines del siglo próximo el egoísmo será considerado una virtud. Enrique Baudrilard, en el prólogo de su obra de economía política, condena el ejercicio de la caridad con los menesterosos para no dar estímulo á la mendicidad. Ya se ve que siguiendo esas teorías habría que no prestar un servicio á nadie, para que no se aumentara el número de los necesitados!...

Pues bien; yo creo que existen entre nosotros hombres buenos, extremadamente virtuosos, ilustrados é inteligentes; y no sólo creo que los hay, sino que podría citar muchos... que siempre resultarian pocos. Pero, — no sé si esto será pesimismo, — no puedo nunca por más esfuerzos que hago, convencerme de la utilidad política que puede tener entre nosotros el hombre completamente bueno, — esos hombres de alma tan pura, que se sienten afectados por el más mínimo escrúpulo de conciencia.

Considero paradójica la teoría de moralizar nuestro mundo político poniendo un santo al frente del gobierno, porque creo firmemente que «vendrán los sarracenos y le molerán á palos,» como dice la popularizada copla, que expresa la sentencia tantas veces comprobada de

«que Dios proteje á los malos
cuando son más que los buenos.»

Trataré de exponer las razones de mi humilde opinión.

El hombre bueno, puesto en el gobierno, si no quiere que sus obras desmientan ante la opinión pública la fama de que viene precedido, debe no transigir con lo malo, aun cuando la consideración de otros intereses, ajenos á la moralidad administrativa, pudieran justificarle. Y, empezando su obra en esta forma, se encontraría con tantos «entuertos que enderezar,» que su marcha empezaría por ser penosa; luego se vería empeñado en una lucha seria, delicada y peligrosa contra ciertos elementos, que hoy, por la altura á que han sido elevados, por fatales circunstancias, constituyen una fuerza social que ofrece y ofrecerá por algunos años una resistencia poderosa y persistente contra esa reacción que los espíritus más nobles desearían que se realizará en nuestras prácticas gubernamentales. — De este choque indefectible de dos tendencias antagónicas, — la una que se iniciara y la otra que no quisiera abandonar las posiciones conquistadas, — resultaría fatalmente un estado de anarquía cuyas totales resonancias es imposible predecir, pero que indudablemente producirían en el ánimo del pueblo la desconfianza en la estabilidad del orden público, y, como eslabonado á esto, vendría el cortejo desconsolador y abrumante de la restricción del crédito y de las operaciones comerciales, la disminución de las rentas nacionales, el atraso en el pago de los presupuestos; en fin: una crisis económica y política. Al ver el gobernante *bueno* estos efectos de su marcha política, al ver que el terreno era completamente desfavorable para la simiente sembrada, haría lo que hacen siempre los buenos en estos casos: irse á su casa y abandonar el campo al enemigo. El pueblo *bueno* no lo sostendría, como algunos creen, porque el pueblo

es una fuerza *impotente*, en estos casos, para la acción colectiva, por falta de disciplina, ese espíritu de unión que hace de muchos hombres un solo cuerpo de colosales fuerzas; ó porque el pueblo, como siempre ocurre, seguiría las opiniones de la prensa *independiente*, que pondría el grito en el cielo contra el causante de la deplorable situación.— El gobernante, — como antes dije, — abandonaría el campo al enemigo, porque los hombres *buenos*, al verse empeñados en la lucha de la política militante, sienten la nostalgia del hogar tranquilo, de la vida apacible y modesta, y no tardan enuir « del mundanal ruido, » como el célebre místico poeta.

Actualmente, y desde hace años, por efecto de la costumbre y hasta de imperiosas necesidades, el presidente tiene en su mano muchísimo más poder que el que puede imaginarse quien por nuestra Constitución y demás leyes juzgue nuestra política. El P. E., según las leyes, está muy repartido entre muchas personas; pero en realidad, en la práctica, no está representado más que por el presidente: éste es una mano que todo lo hace y todo lo dispone, pues hasta la intervención que los empleados superiores deben tener en ciertos asuntos, también él la dispone y fiscaliza. Están las cosas dispuestas de tal modo en la práctica, que toda la teoría de la limitación de Poderes á veces resulta un mero espejismo, y el gobernante suele ser, en ocasiones determinadas, un autócrata disimulado, por la docilidad de la mayor parte de sus subordinados, y por los recursos que le presta la ley fundamental

« que blandamente
á donde quiera que la impelen rueda. »

como dice la fábula política de Campoamor. — Pues el hombre *bueno* que nos hemos imaginado alteraría desde luego esas prácticas, circunscribiendo su acción escrupulosamente á los límites legales, lo cual equivaldría á arrojar lejos de sí las armas y luego desafiar al enemigo. La derrota sería inevitable.

Ahora diré cuáles condiciones me parecen esenciales en nuestro gobernante *ideal*.

Ellas son: conocimiento, aunque sea vago, de los elementos étnicos de nuestra raza, mejor dicho, de nuestra *masa social*; de los vicios y virtudes de nuestro pueblo; del temperamento de éste y su estado de educación en general; debe tener la ilustración teórica que es imprescindible para iluminar el criterio en la consideración de los graves problemas de estado que se suscitan de continuo; y, por último, ó más bien, ante todo, ha de ser enérgico y honrado. — Seguramente á nadie voy á sorprender con la perogrullada de este *programa* de condiciones, y desde luego afirmo que á eso no va encaminado mi propósito. Lo que quiero es que se examine la personalidad de Herrera con arreglo á las condiciones predichas.

Herrera es, en mi sentir, uno de los pocos que reúnen esas condiciones. — Que conoce bien el pueblo, nadie lo duda; que es ilustrado en las materias cuyo conocimiento le es imprescindible al estadista, tampoco puede nadie dudarlo; que es enérgico debe creerse, porque uno de los méritos que sus propios detractores le

reconocen es haber «sometido al militarismo indisciplinado;» y en cuanto á su honradez, me parece que la mayor prueba se halla en estas palabras de uno de sus enemigos: «No fué la suya, y hay que reconocerlo, administración de derroche de los dineros públicos.... No dejó gran déficit, pagó cuarenta y ocho presupuestos.» (1)

Se le atribuye á Herrera, como principal defecto, la falta de sinceridad. ¡Si todos supieran el origen y causa que ha tenido, en la mayoría de los casos, esta falta de sinceridad! — Don W. Bermúdez, en una de sus ingeniosas composiciones poéticas de *El Negro Timoteo*, exponía las excelentes condiciones de Herrera, y á todas les ponía el *pero* de ser quien las poseía «demasiado guayabero,» y lo pintaba vendiendo guayabas. — Pues el ser sincero cuando *conviene* y dejar de serlo cuando *no conviene*, ha sido, es y será un precepto por el cual se han regido, rigen y regirán los políticos más profundos. — El hombre que gobierna, en nuestro país sobre todo, necesita la amistad de ciertos personajes á quienes no es posible tener de adictos, sino por medio de *promesas*, que si después el gobernante puede evadir su cumplimiento, hace muy bien. ¡Cuidado, no digáis que estoy *maquiavelizado!*!

Punto delicado para el examen imparcial es el relativo á la conducta del doctor Herrera en las elecciones

(1) ENRIQUE KUBLY.—*Los hombres de goma.*

del 93.— La prensa puso el grito en el cielo cuando pronunció Herrera la célebre frase de la *influencia directriz*, expresión que resume toda una teoría cuyo verdadero mérito no alcanzan todos á comprender; teoría sugerida por el estudio de nuestro estado actual de educación; deducida del hecho notorio de que más de dos terceras partes de la población de la República, (me refiero á la población habilitada legalmente para votar), carecen de aptitudes para ejercitar con conciencia el derecho de sufragio. Es una idea sólidamente cimentada, y sólo fué combatida la ley de elecciones que en ella se funda, porque deja en manos del presidente, un poder que excede al que propiamente debe tener el gobernante de una nación, donde tenga su asiento é impere en realidad la democracia verdadera.

Las dificultades é inconvenientes que este sistema ofrece son, además de lo expuesto, el mal uso que se supone harán de esa *influencia* los presidentes, aprovechando esa ley como instrumento para la realización de planes atentatorios contra los sagrados derechos del pueblo. Si, es muy justo precaverse contra lo malo, porque de lo bueno nada hay que temer. No estoy de acuerdo con la ley del doctor Herrera, aunque aplaudo sus fundamentos, porque creo que hay medios más sencillados para que el gobernante ejerza una legítima *influencia directriz*, compatible con la más amplia libertad del sufragio.

Pero esa ley obedecía, además, á otro propósito que muchos combatieron; obedecía á una tendencia patriótica y plausible que por muy pocos fué reconocida. — Ah! si á todos hubiera sido dado desentrañar la verdadera filosofía de aquellos momentos históricos, en que

el organismo institucional y social de nuestro país se resentía hondamente, por la influencia nociva de males de tan distinta naturaleza, como de análogos efectos perniciosos!

Sabido es que toda tendencia revolucionaria levanta resistencias potentes entre los elementos á quienes dañifica, aun por manera indirecta. Esa tendencia revolucionaria se deducía de la política de Herrera.

Había que contener «la voraz invasión de lo pequeño, de lo ruin, de lo innoble, de lo fofo,»—según la elocuente expresión del poeta que cantaba á la *Sombra de la Patria*, con la entonación de Job en el Desierto,— de esa turbamulta de cretinos que pululan en el escenario político, siempre pidiendo, siempre voraces como las llamas, y que nada producen en cambio, á no ser la multiplicación del tipo, por efecto de infección, de contagio tanto más fácil, cuanto que parece ser nuestro temperamento propicio al desarrollo del germen, y por que á ello contribuyen: la *necesidad*, que es el punto de partida del primer periodo de esa enfermedad moral, que pudiéramos llamar *parasitis*; la *envidia* inspirada por la observación diaria de casos múltiples de individuos que,— mereciendo ser uncidos en un carro, por sus condiciones intelectuales, ó de vivir en presidio por sus cualidades morales,— viven con holgura y hasta opulencia, merced á favores oficiales, á veces inconscientemente dispensados; y por último, la *ambición*, que se despierta con las tentaciones que seducen, y hasta con el ejemplo que sugestiona. — Había que poner paliativos,— porque una curación radical inmediata era imposible,— á la crisis económica que nos abrumaba, y producía abatimiento tal hasta en las cosas más in-

fimas, que parecía todo teñido de un color melancólico. En tales angustiosos momentos, la impaciencia de los unos, la ignorancia de los otros, los impulsos del patriotismo en algunos sensibles idealistas, el apremio de la necesidad en los más, producían impresiones de naturaleza distinta, y á tales impresiones correspondían relativas ideas, que se emitían con profusión pasmosa. Todos se convertían en furibundos pesimistas, á tal extremo que muchos que de sabios economistas sepreciaban, por haber leído y asimilado cuanto hasta la sazón se había escrito sobre tal materia, propusieron salvadoras fórmulas, y, como no fueran éstas aceptadas, desesperaron de la salvación de la patria. De ese conjunto de ideas pesimistas y contradictorias,—conjunto caótico abrumador, no tanto por la anarquía que en lo material podía producir con su persistencia, cuanto por lo moralmente maleante de su pesimismo,—comenzó á esfumarse y adquirir formas lo que estaba llamado á ser *la oposición* hacia el doctor Herrera, porque éste se alejó las simpatías de la opinión populachera, no cediendo en reiteradas ocasiones al deseo de que se dictaran algunas resoluciones gubernativas que Herrera no juzgaba sensatas, ó juzgaba contradictorias á sus planes.

Cuando llegó el momento de apercibirse á la lucha electoral, todos esos elementos que por causas fundadas ó no, eran contrarios al doctor Herrera, aunaron sus esfuerzos y se aprestaron á una oposición intransigente, que diera en tierra con sus ideales. La lucha se hizo desfavorable para Herrera, y éste hubo de valerse en algunos casos de la sutileza de mañosos agentes para obtener el triunfo de los candidatos de sus simpatías, donde no contaba con una mayoría segura. La ley por

él formulada era aparente para dar visos de legalidad á la elección que careciese de ella. — Todo esto, á primera vista condenable, está perfectamente justificado por las circunstancias, como lo probarán mejor que yo futuros historiadores, cuando, libres de la influencia de impresiones provocadas por los sucesos mal comentados ó adulterados, separen el oro de la escoria en el estudio de esa época.

Se trataba de abrir paso, de allanar el camino á una evolución que se iniciaba con la decadencia del predominio militar, que reinaba desde el 75, decadencia sabiamente estimulada por el doctor Herrera, hasta con medidas que pudieran llamarse *isopáticas*. Se trataba de combatir la candidatura presidencial del general Tajes, que gozaba de una popularidad asombrosa, pero que, aun cuando mucho bueno se le debía, no era, por entonces, considerado propio para proseguir la obra política del doctor Herrera. El general Tajes tiene excelentes condiciones personales que le han captado una estimación merecida; pero se hallaba vinculado estrechamente con elementos contrarios á la evolución anhelada por el doctor Herrera y por todos los que sinceramente deseamos que en la historia política de nuestro país y en la historia de su civilización, el glorioso partido de la Defensa deje huellas luminosas de su paso, y que los prohombres de nuestro partido merezcan veneración profunda de las generaciones futuras.

Herrera quería que fuese Ellauri quien continuara dando impulsos á la evolución benéfica que él había encaminado; porque el nombre de Ellauri en la presidencia ofrecía al país una garantía irrecusable de probidad; porque la elección de Ellauri significaba un elo-

cuente desmentido para los que le atribuyeron á Herrera propósitos de dejar en la presidencia un *hombre de goma*, que él manejaría de entre bastidores, para seguir dominando, ambición que se le atribuía. ¿Quién se atreve á creer que el doctor Ellauri, — que tuvo la escrupulosidad, la extremada delicadeza de no aceptar la presidencia, si no votaban en su favor siquiera dos terceras partes de la Asamblea, — se prestase al grotesco papel de cómico político?

Pues el propósito del doctor Herrera fué no sólo plausible por los dichos conceptos, sino también porque la elección de Ellauri significaba una justísima vindicación dada al gobernante probo, que cayó del poder bajo el peso de un acontecimiento funesto para la patria y para la dignidad nacional; acontecimiento cuyo amargo recuerdo abruma la mente del ciudadano honrado y difunde en el espíritu una impresión de tristeza melancólica, de la cual nos consuela apenas la esperanza de que tan lamentables sucesos no se repetirán jamás.

Herrera y Maquiavelo.

Tal vez no habrá un periódico en la República que, haciendo oposición al doctor Herrera, no haya llamado *maquiavelismo* á todo lo apuntado como censurable en su gobierno. El nombre de Herrera y el de Maquiavelo han llegado á estar unidos en tan estrecho consorcio en la mente del pueblo, por virtud de la popularidad que juntos han adquirido, que así como no es posible concebir la idea de *padre* sin pensar en la de *hijo*, no es posible recordar el nombre de nuestro ex-presidente, sin recordar el del ingenioso autor de *Comentarios sobre Tito Livio*.

Esto nos sugirió la idea de escribir un capítulo acerca de estos dos hombres, para mejor definir las similitudes que pueda entre ambos haber.

Por mucho tiempo se ha confundido la personalidad del autor del *Príncipe*, con el principio de moral política *sui generis* que encierra su obra célebre, á la cual se atribuyó en otras épocas la inspiración de todas las infamias, de todas las corrupciones políticas que después de su aparición sucedieron en toda Europa.

Macaulay dice: «... lord Lyttelton hace responsable al pobre florentino de las repetidas traiciones de la casa

de Guisa y de la matanza de San Bartolomé, y que no pocos publicistas han dejado entrever que la conspiración de la Pólvora debe atribuirse á sus doctrinas en primer lugar.» — La sagacidad de los historiadores modernos, ha rectificado el juicio de la opinión pública respecto de Nicolás Maquiavelo, y han llegado muchos á creer (Bacón entre ellos), que el *Príncipe* era como si dijéramos una *expansión irónica*, para que el pueblo, ante la contemplación de aquel cuadro pavoroso que veía descripto, se pusiera en guardia contra los tiranos ó contra los hipócritas ambiciosos.

La razón de que se haya atribuido un sentido irónico al libro diabólico de Maquiavelo está en que éste presenta á la observación del historiador, en todos los actos de su vida política, un contraste absoluto con sus doctrinas escritas. Fué un mártir de la libertad: consagró al bien público todos sus esfuerzos: amó profundamente á su patria. No consta que por sus contemporáneos haya sido considerado malo cuanto escribió, ni ética ni políticamente juzgado, lo cual prueba también que estimaron á Maquiavelo por sus hechos y no por sus escritos.

Muerto Maquiavelo, poco tiempo después estableciase definitivamente en su patria una monarquía de la cual Macaulay dice que convirtió las instituciones en «una tiranía odiosa, vil y altanera, sanguinaria y débil, hipócrita y licenciosa. Y como el carácter de Maquiavelo era repugnante á los nuevos señores, y las partes de su teoría que se acomodaban á sus prácticas dieron pretexto á denigrar su memoria, se vieron sus obras desfiguradas por los sabios, mal comprendidas por los ignorantes, censuradas por la Iglesia, execradas con todo

el encono de una fingida virtud por los instrumentos de un gobierno despreciable y anatematizadas por los ministros de una superstición más despreciable aún. De esta suerte el nombre del varón ilustre, cuyo ingenio iluminó las tinieblas de la política, y cuya prudencia, sabiduría y patriotismo lograron poner á un pueblo entero en el caso de tomar venganza de sus opresores y de conquistar su independencia, se tornó en epiteto infamante. »

No nos conformamos con la sola opinión de este profundo historiador crítico, pues la personalidad de Maquiavelo nos ha interesado vivamente, y no podía menos de ser así, desde luego que en las vagas cuanto altisonantes hipérboles de muchos de nuestros retóricos políticos, anda usada á cada paso, como adjetivo denigrante, la palabra *maquiavélico*, y con quien se ha hecho más gasto del calificativo es con el doctor Herrera, respecto de cuya personalidad nos ocupamos y queremos, por lo tanto, llegar al convencimiento de lo que puede haber de común entre estos dos hombres, que andan como « términos correlativos, » por original asociación de ideas, en la opinión del público.

He aquí la opinión de don Benito Pérez Galdós: — « Maquiavelo es sin disputa uno de los más altos ingenios que ha producido Italia. Durante mucho tiempo sus doctrinas políticas fueron execradas y anatematizadas como atentatorias á todo principio de moralidad; pero nuestro siglo ha rehabilitado la memoria del insigne secretario de estado, dando á su condenada obra del *Príncipe* el valor histórico que debe tener como producto de circunstancias excepcionales y llamada á llenar sus fines en un medio social harto diferente del

nuestro. Maquiavelo dirigió los negocios públicos durante diez años, llevando con admirable habilidad las relaciones diplomáticas de la República: su experiencia de los negocios era extraordinaria, tan grande como el conocimiento del corazón humano y de los caracteres.

« De aquí que sus escritos sean el producto más directo de la realidad que imaginarse puede. El arte político es en sus manos un instrumento suministrado por los hechos y en el cual no hay ni puede haber resorte alguno teórico. Las máximas de la antigua filosofía son para él cosa enteramente inútil que no resuelve los graves problemas del momento. *El estado social y moral de un país tiene que ser siempre la fuente de que derive sus ideas y sus prácticas el poder encargado de regirlo* » . . .

Esto que he subrayado es un pensamiento político importantísimo. Puede considerarse el punto de partida de toda observación para considerar « los problemas del momento. » Por pensar así sensatamente el doctor Herrera y proceder de acuerdo con aquello de que tiene profunda convicción, se explican algunas inconsecuencias de su vida pública, respecto á lo que sostuvo y predicó cuando periodista y lo que puso en práctica cuando gobernante. Cuando periodista estudió las cosas de su patria no con relación á la fuente de donde se originaban los problemas políticos que sometía á la consideración de su criterio, sino con relación al idealismo platónico con que la mayor parte de nuestros publicistas juzgan nuestra política. Pero cuando gobernante observó las cosas desde el punto de vista más práctico y por eso sus *ideas y sus prácticas fueron derivadas del estado moral y social de su país*. Sólo

entonces conoció el doctor Herrera sus extravíos de publicista y comprendió que « la realidad se impone siempre á las fórmulas teóricas en el gobierno de los pueblos, » — como dice Galdós á continuación del punto donde interrumpimos la transcripción.

Sigue diciendo Galdós: — « Sería locura pensar que á un pueblo artista, devorado por las pasiones, el pandillaje y la anarquía, se le puede gobernar con las ideas austeras de los puritanos del Norte. *El gobierno de un pueblo es el pueblo mismo con sus vicios y virtudes, con su temperamento puesto en acción.* Tales son las ideas en que apoyan su defensa de Maquiavelo los apologistas de este insigne hombre, los cuales son ahora tantos y tan decididos como antes lo fueron sus detractores.

« Maquiavelo fué patriota ardiente. El amor de la patria palpita en todas sus obras. Desempeñó á maravilla el cargo de secretario de la cancillería de la República y cuando cayó en desgracia y fué reducido á prisión, su estoica entereza denotó la grandeza de su alma.

« La fama de este grande hombre se ha conservado en la historia, pasando por las alternativas del descrédito y la estimación. Segundo las ideas políticas que han dominado en las distintas épocas, ha sido más ó menos severa la opinión de los historiadores con el gran toscano, cuyo nombre ha servido para componer uno de los adjetivos más usados por el amaneramiento vulgar. Pero el perspicaz espíritu crítico moderno ha estudiado la época, desentrañando prolíjamente los acontecimientos; ha analizado, digámoslo así, los componentes de la atmósfera política en que vivió el secretario de la

cancillería florentina, y por fin le ha absuelto de muchas ó de casi todas las culpas que se le imputaron. Maquiavelo vió á los hombres como realmente eran, no como deben ser, y fundó sus conclusiones atrevidas en el cimiento de la realidad. »

Véase, pues, cómo en el estudio de lo que se considera un error, suele hallarse una verdad; así como dice Pi y Margall: « El error de ahora es con frecuencia la verdad futura. »

Volvamos al doctor Herrera.

Cuando un hombre se opone al rumbo que llevan las corrientes de la opinión general, casi siempre tendrá como los mayores enemigos á aquellos cuya adhesión le sería imprescindible para realizar sus propósitos. Muchos de nuestros hombres *populares* que poseen talento, lo sacrifican á la vanidad y se convierten, de guías y consejeros que debieron ser, en aduladores del populacho, cuyas ideas, las más veces extraviadas, tratan de justificar á fuerza de sofismas, para captarse admiración y aplausos. Parece inverosímil que la efímera popularidad de la prensa diaria y la gloria fugaz de las reuniones públicas, tanto halague y seduzca á ilustrados y talentosos señores que se precian de sensatos! Tengo presente en este momento el recuerdo de un partido político que nació y murió arrullado por la dulce armonía de discursos brillantes, y apenas ha dejado huellas de su paso por nuestro mundo político. Más que estos oradores conocen *nuestra* política algu-

nos obscuros caudillos, que hacen en medio del mayor silencio mucho más que otros con su propaganda bulangüera. — Esta digresión me lleva por un camino que recorreré en otra ocasión, porque es demasiado importante para que nos conformemos con ocuparnos en él someramente.

Lo que hay de común entre la personalidad de Maquiavelo y la de Herrera es que éste sabe, como aquél, fundar sus conclusiones atrevidas sobre el cimiento de la realidad; tiene, como aquél, estoica entereza para arrostrar la responsabilidad de sus actos. El que haya leido sus *mensajes* sin maliciosa prevencción y meditado sus discursos como lo merecen, comprenderá hasta qué punto son deducidas de nuestros *hechos* sus conclusiones, y se convencerá de que es más digno de loa que de censura cuando prescinde de los consejos bien intencionados, pero mal fundados, del publicista que hace sus cálculos en el confortante gabinete, imbuido en luminosas teorías de liricos autores, que le hacen vivir en el pais de las quimeras, y concluye por imaginarse un país que marcha con la regularidad de un cronómetro, guiado por un gobernante más perfecto que los de carne y hueso que por desgracia nos da Dios. Herrera vive en *nuestro país* y trabaja para nuestro país, y quiere que la solución de nuestros problemas económicos y políticos se deduzca de lo que nos aconseja el prudente y sensato estudio de la naturaleza *especialísima* de nuestras cosas.

Herrera no será erudito, no habrá leido mucho, como algunos sostienen; pero ha de haber leido bien, y debe de haber estudiado nuestra política no en Roberty, ni Lieber, ni Fox, sino en las páginas de nuestra turbu-

lenta historia y en los *documentos humanos*, dignos de especial estudio, que se exhiben con tanta profusión: en esos políticos que se hacen conocer por la fuerza de la acción; que se han elevado á favor de acontecimientos de triste recuerdo: en esos políticos que saben apenas escribir sus nombres, pero le comen medio costado á la patria *con justo título*: en esos políticos que no tienen más sentimiento que la ambición de fortuna y de mando: en esos políticos que quieren puestos públicos para explotarlos en provecho propio y no para servirlos dignamente.

Hay un precepto siempre tenido en cuenta por los grandes estadistas, que dice: «Toda política debe ser fundada en una metafísica.» — Esta metafísica se deduce del estudio de los elementos que he citado y de otros que citaré aún en el curso de este *Ensayo*, que constituyen los *componentes* de nuestra sociedad, componentes en los cuales lo más digno de profundo estudio y lo más abrumador es la *complejidad*.

Así como Maquiavelo prescindió de las máximas de la antigua filosofía para gobernar al pueblo toscano, Herrera no tuvo muy en cuenta sus propias teorías de otra época cuando gobernó, — al menos en la mayor parte de los casos, — si bien no se divorció por completo de sus antiguas ideas.

Terreno fecundo para todo germen de corrupción es aquel fertilizado por el riego de tentaciones seductoras. El que tiene á su alcance la fortuna es incitado por el demonio tentador de la aspiración. ¡La aspiración! Es la más excelsa condición de nuestro espíritu, la condición generadora de nuestros más grandes y generosos estímulos, y la incitadora de nuestros más grandes pe-

cados.—La influencia de la aspiración entre nosotros ha sido siempre mucho más eficiente para inducirnos á lo malo que á lo bueno. ¡Valga la expresión elocuente de los hechos!

De un golpe y por la voluntad de un hombre bien intencionado, no se devuelve la virtud á las almas corrompidas, ni con buenos deseos se devuelve la felicidad á un pueblo abrumado por continuas desgracias, porque no basta la voluntad de un hombre para depurar los gémenes de anarquía que una sociedad guarda en su seno. Si se ha de gobernar un pueblo como el nuestro, que se compone de elementos nada á propósito para coadyuvar á un progreso positivo, aunque sea lento, á un pregreso estimulado por sabias medidas económicas que faciliten la explotación de nuestras fecundas fuentes de riqueza que yacen esperando como Lázaro una voz que manifieste interés por su suerte y las despierte de su sueño secular; si se ha de gobernar una sociedad donde todo lo que luce es oropel sostenido por el Estado ó producto de diversas especulaciones sostenidas por nuestra exigua producción,—cuasi natural exclusivamente,—donde la aspiración de casi todos es vivir con el escuálido producto de las rentas nacionales,—donde la naturaleza de las cosas se ha dispuesto de tal modo que el ciudadano que no ha podido adquirir una profesión en cuyo ejercicio poder ganar su subsistencia, no tiene otro horizonte de esperanzas á donde tender la vista más que los puestos públicos del Estado, y donde estos puestos son á tal extremo codiciados por aquellos á quienes apremia la necesidad, que obligan á muchos á pensar que la mayor felicidad á que puede llegarse es á la posesión de un capital de cuyo interés

poder vivir sin trabajo ni tutela, y para obtener tal fin suelen hacer del puesto que el Gobierno les confía, un instrumento de especulación ilícita; si se ha de gobernar un pueblo donde la moralidad no tiene estímulo; i se ha de regir una sociedad más preparada para el ambiente aristocrático de la corte de María Antonieta que para «la austerioridad de los puritanos del Norte», — el Gobierno ¿deberá ser un modelo de virtud y austerioridad espartana? — ó será, como opina Galdós y los defensores de Maquiavelo, «el pueblo mismo, con sus vicios y virtudes, con su temperamento puesto en acción?» — Si; esto debe ser; el Gobierno adolecerá de los mismos vicios y tendrá las mismas virtudes que el pueblo de donde dimana.

▲ El Gobierno de Ellauri, constituido por elementos sanos, fué una planta exótica, que no pudo adaptarse al terreno en que fué trasplantada, ni á las inclemencias del clima glacial de las zonas oficiales. Era contrario á nuestra naturaleza y cayó. En cambio otros gobiernos corrompidos ¡á qué grado de florecimiento han llegado y qué base sólida los ha sostenido! Estos son datos que ofrece nuestra historia en contra de los que creen que es posible la perfección en el Gobierno. ¿Hubo algo que censurar en el Gobierno de Herrera? Pues será ni más ni menos que lo que habrá de producirse y levantar protestas con el mejor de los gobiernos posibles, y de que en justicia no deberá culparse á éstos. Es lo que pasa en todas las Repúblicas hispanoamericanas y sobre lo cual ha llamado la atención más de una vez el ilustre Castelar, presentándolas á los europeos como ejemplos para que éstos desistan de aspirar á vida independiente, por el temor de las convulsio-

nes políticas que siguen al establecimiento de instituciones nuevas, etc., etc.

Si es cierta, como no puede menos de ser, la influencia del *medio ambiente* en nuestro modo de pensar y de sentir, debe tenerse en cuenta que en la llanura no arrecia el huracán como en las cumbres, y que en la llanura no se ve de relieve como en las cumbres la perspectiva de las cosas, y así como es distinto el ambiente, es distinto el punto de vista, son distintas las impresiones y tienen por fuerza que ser distintas las ideas. Esto podría considerarse mera especulación, sin valor alguno práctico, si no fuera que de la observación de los hechos nos hemos remontado á su análisis filosófico. Jamás creeré haber insistido bastante sobre este tópico, porque lo que más llama la atención diariamente es el erróneo juicio del público que considera puritanos, hombres de conciencia inmaculada, á aquellos que no han figurado jamás en las esferas oficiales, y en cambio vierte la hiel de un encono mal justificado sobre los que han gobernado sin dejar satisfechas sus aspiraciones indefinidas, á pesar de que le hayan entorpecido su marcha con una oposición sistemática intransigente; porque el público no tiene en cuenta que es aventurado considerar bueno á un hombre cuando no ha tenido ocasión de ser malo. Estas son teorías al alcance de cualquier filósofo adocenado, hilvanador de lugares comunes; pero no por eso son menos ciertas.

En la llanura nos seducen los falsos espejismos de las aspiraciones que nacen al calor del amor patrio, ese sentimiento que se manifiesta tan intenso cuando nada

podemos hacer en favor de la patria y que desaparece casi siempre cuando está á nuestro alcance la suerte de ella.

En resolución, y para terminar, diremos que, en nuestro sentir, nuestra política se resiente de falta de *higiene* y para *sanearla* ha menester el criterio ilustrado y el sentido práctico del doctor Herrera, pues sólo poseyendo tales condiciones se tendrá la habilidad iudispensable para aplicar medidas *profilácticas* que por lo menos conserven en estado *latente* los *gérmenes morbosos* que constituyen una eterna amenaza para los intereses nacionales.

Maquiavelo supo darse cuenta de lo que era el pueblo de su patria, las virtudes que atesoraba y los vicios de que adolecía, y supo adaptar el régimen político al *estado moral y social* y al *temperamento* del pueblo toscano, rompiendo con las máximas de la antigua filosofía.»—Herrera supo formarse el más exacto concepto del pueblo uruguayo y del régimen político que requiere. Esto es lo que hay de común entre Herrera y Maquiavelo.

Si por medio de un razonamiento libre de arrebatos liricos, alguien llega á convencernos de que estamos en error, lo confesaremos con la sinceridad *maquiavélica* con que hemos expresado lo que el presente opúsculo contiene.
